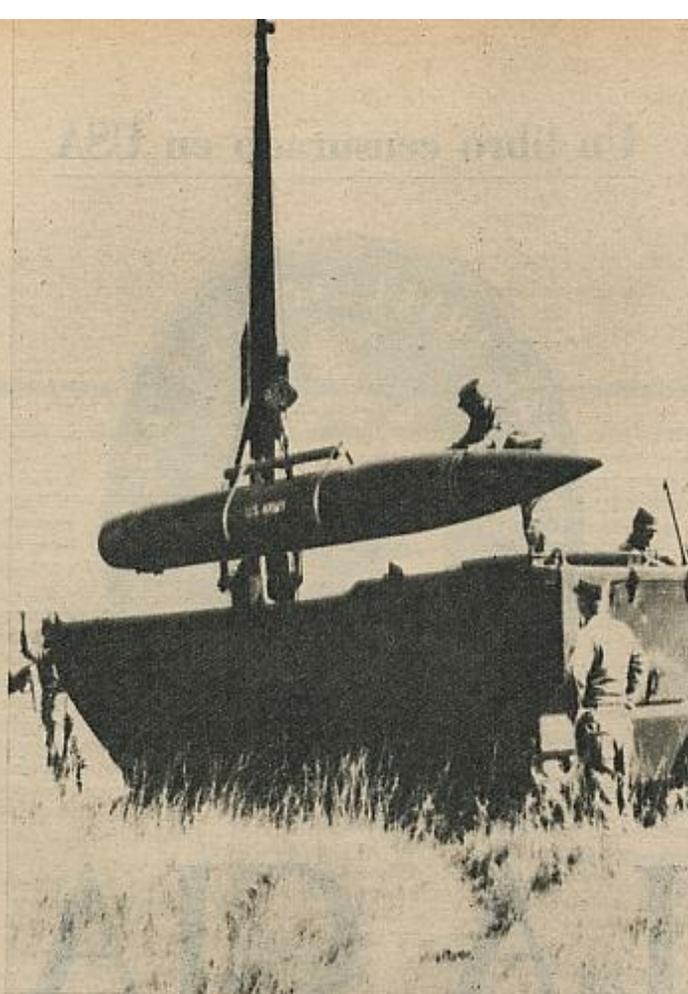


LA decisión de reducir los impuestos tomada por el Presidente Ford ha dejado atónitos a los economistas clásicos. En tiempo de inflación, el manual dice que hay que apretar la fiscalidad y encarecer el dinero. Los Estados Unidos, en cambio, reducen los impuestos. Y dejan libres, según los primeros cálculos, unos dieciséis mil millones de dólares. Una masa considerable que va a dedicarse a adquirir productos, que debe circular con alegría por los mercados interiores durante todo el año. De esta manera, calcula Ford —calculan sus consejeros— se evitarán algunos problemas industriales y se suavizará el paro. ¿No es una locura en estos momentos? ¿No producirá un aumento de la inflación? Puesto que el Estado americano no reduce sus gastos, ¿de dónde obtendrá los 16.000 millones a los que acaba de renunciar? Por otra parte, en momentos de penuria de materias primas y de la consecuente alza de precios de éstas, cuando el mundo occidental trata de reducir su adquisición y los gobernantes recomiendan austeridad a sus súbditos, ¿no es esta medida un contrasentido?

La mayor parte de estas preguntas se las hace Europa. Europa, con su nueva economía penosa, sospecha desde hace tiempo, aunque lo diga en voz baja, que su inflación, su escasez, se los debe a Estados Unidos, que, como toda buena cabeza imperial, exporta a las provincias su problema económico. Se sospecha que estamos pagando ahora los elevadísimos costos de la guerra de Vietnam y que, queramos o no, contra nuestras propias políticas nacionales, estamos pagando el rearme y el sostenimiento de Israel. Y el rearme de los Estados Unidos.

Los presupuestos de guerra de los Estados Unidos han alcanzado este año —el mismo 1975 en que se van a recaudar 16.000 millones menos de dólares en impuestos que el año pasado— un nivel máximo, desconocido en la historia. Los gastos de defensa de Estados Unidos son, en el presupuesto, de 85.000 millones; las armas estratégicas nucleares, 8.000 millones. Más capítulos invisibles que tienen otros encabezamientos en el presupuesto. Hay que sumar los gastos paralelos que en nombre de la OTAN realizan los otros países de Occidente, impelidos continuamente por los Estados Unidos a no disminuir sus ejércitos ni sus armas. Las cifras paralelas de la Unión Soviética son sólo ligeramente inferiores: 70.000 millones en gastos de defensa, 2.600 millones en armas nucleares estratégicas. Y hay también que sumar los gastos paralelos de todos los países del Pacto de Varsovia.

Las armas son el principal objeto de consumo del mundo. Incluso el objeto típico: se consumen sin salir de los arsenales, sin ser empleadas. Tienen una vejez rápida y hay que reponerlas por modelos más complejos. Ningún país de la tierra está exento, ahora, de este tipo de



Las armas son el principal objeto de consumo del mundo. En la foto, misil de «superficie a superficie», de Estados Unidos, país cuyos presupuestos de guerra han batido este año todos los records.

IMPUESTOS, ARMAS, ECONOMIA, GUERRA

consumo. La más minúscula dictadura o república africana requiere un buen ejército y un buen armamento. Y no es lujo, porque los países vecinos, cuya voracidad temen, se arman y equipan del mismo modo. Las armas se las venden los grandes países productores. Les dan no sólo los restos de sus arsenales, sino armas fabricadas especialmente para ellos. La idea emitida en los Estados Unidos de suspender la venta de armas a los países latinoamericanos ha sido combatida duramente —todavía no desechada— por los altos intereses que hay tras estas ventas. Al mismo tiempo, una masa importante de mano de obra está retenida bajo las armas: precisamente la más joven, la más pujante. Algunos países, como China, intentan que los soldados se ocupen, en tiempo de paz, de otro tipo de trabajos, especial-

mente los agrícolas. Otros, entre ellos España, practican la enseñanza y la calificación de los soldados, para que el tiempo de servicio sirva, además de para sus propios fines, para las propias vidas individuales de los soldados del contingente y para la comunidad, una vez que se reintegren a la vida civil.

Es imposible negar, en estos momentos, la enorme parte que tiene en la inflación mundial el gasto en armamentos. Menor, sin duda, del que suponen las guerras, en todos los sentidos, como destructoras de bienes y economías. En ese sentido, la inflación de las armas parece una garantía de la paz. Pero las perturbaciones económicas que está produciendo nos sitúan otra vez al borde de la guerra, y ni Kissinger ni Ford nos están ocultando que estamos al borde de una guerra económica, en la que los países de la

OTAN o del Mercado Común tendrían de alguna forma que participar en contra de su voluntad, y con la seguridad de que aún la propia victoria, la de su bloque, no les sería directamente beneficiosa sino a través de la Administración, que hicieran de esa victoria los Estados Unidos.

Este mal menor de la inflación de las armas en lugar de las guerras resolutivas —mirando a la historia se puede decir que las guerras no han sido nunca resolutivas y que los verdaderos problemas que trataban de atajar han reaparecido, más o menos, años más tarde, y a veces han ocasionado nuevas guerras— empieza a dejar de ser aceptable. No porque sean mejores ahora las guerras, que ya sabemos que no lo son, sino por la necesidad urgente y creciente de establecer una paz desarmada en lugar de una paz armada.

Las conversaciones sobre desarme se iniciaron en el mundo con el siglo. La primera de un cierto volumen de ideas y propuestas fue la de La Haya, y coincidió con el invento de la ametralladora Maxims, que en aquella época se consideraba como el arma más importante para las batallas de infantería —que, a su vez, eran las más importantes de todo el sistema militar—. Pensemos en lo que en estos años transcurridos del siglo ha progresado la idea del desarme, y al mismo tiempo lo que ha progresado la invención y la multiplicación de las armas, desde la Maxims hasta los «MIRV», y tendremos una prueba de la desconexión entre lo que supone una idea y lo que supone una práctica. Sus caminos no han sido paralelos, y las cifras que se manejan ahora en las diversas conferencias con ese fin —las de Ginebra, las SALT— son las de una posible reducción de armamentos a partir de un punto de saturación: es decir, a partir de que cada uno de los dos grandes bloques militares en presencia tiene ya los arsenales suficientes como para destruir enteramente no sólo al otro, sino a la totalidad del mundo. Y se dice que la investigación científica en el campo de las armas se prosigue, tanto en la URSS como en los Estados Unidos, con el objeto de encontrar el arma absoluta, aquella que serviría para destruir solamente al enemigo y en un tiempo tan veloz que este no pudiese reaccionar, o por la creación de otra defensa absoluta que hiciese inútil su ataque. Se supone que el momento de la creación de esas armas absolutas sería el del principio (y fin, casi simultáneo) de la nueva gran guerra. Que, como se ha dicho de todas, serviría para terminar con todas las guerras... Hasta nueva orden.

Pero no parece que haya que esperar tanto tiempo si creemos a Ford y a Kissinger, y los diversos profetas de Oriente Medio. El ciclo de la paz armada ha producido una guerra económica, que a su vez puede producir una guerra no fría, sino armada. ■